

bargo, el personaje, sonriéndose otra vez, añadió:

—Entonces fué en casa de Chateaubriand. Sí, sí; le conozco mucho. Es muy amable. Un día me dijo:—“Thenard, quereis tomar una copa conmigo? La frente de Mario se oscurecia por momentos.

—Nunca tuve el honor de visitar á Chateaubriand. En fin, qué quereis?

El personaje, notando el tono duro del jóven, le saludó profundamente y habló así:

—Señor baron, dignaos oirme. Hay en América, en un país que confina con el Panamá, una aldea que se llama Joya. Este pueblo es todo él una gran casa, que consta de tres pisos y está edificada con adobes secados al sol; cada fachada del cuadrado tiene quinientos piés de longitud, y cada piso se retira del inferior doce, para dejar delante de sí una azotea que dá la vuelta al edificio. En el centro hay un patio, que es donde están los viveres y las municiones. En lugar de ventanas hay troneras; en lugar de puertas, escalas; escalas para subir desde el suelo á la primera azotea, desde ésta á la segunda y desde la segunda á la tercera, y escalas para bajar al patio interior; hay trampas en vez de puertas para entrar en los cuartos, y por la noche se cierran las trampas, se retiran las escalas, asoman trabucos y carabinas por las troneras y es imposible entrar allí. De día es casa y de noche ciudadela. Se toman tantas precauciones porque el país es peligroso; abundan allí los antropófagos. Pero le visitan porque es país maravilloso. Allí se encuentra el oro.

—A dónde vais á parar? le preguntó Mario, contrariado é impaciente.

—Vais á saberlo, señor baron. Soy un antiguo diplomático cansado del servicio. La civilizacion me clava sus dientes y deseo probar a vivir entre salvajes.

—Qué más?

—Señor baron, el egoismo es la ley del mundo. La aldeana proletaria que trabaja á jornal vuelve la cabeza cuando pasa la diligencia; la aldeana propietaria que cultiva su campo ni siquiera la mira. El perro del pobre ladra al rico y el perro del rico ladra al pobre. Cada uno trabaja para sí. El interés es el blanco de los hombres y su imán es el oro.

—Concluid.

—Quisiera ir á establecerme en Joya; somos tres: tengo esposa y una hija, que es una muchacha muy linda. El via-

je es largo y caro y necesito proporcionarme algunos fondos.

—Qué me importa eso? preguntó Mario.

El desconocido sacó el pescuezo fuera de la corbata y replicó, sonriéndose otra vez:

—No ha leído el señor baron mi carta?

Algo habia de verdad en esto, porque Mario, fijándose solo en la letra, apenas se fijó en el contenido y no le recordaba. Al hablar el personaje de su esposa y de su hija, volvió á anudar el hilo de sus conjeturas y clavó en él sus miradas penetrantes, limitándose á responderle:

—Sed más explícito.

El desconocido metió las manos en los bolsillos del pantalon, irguió la cabeza sin enderezar la espina dorsal y examinó á Mario por entre el verde cristal de sus anteojos, añadiendo:

—Voy á ser más explícito, señor baron. Vengo á venderos un secreto.

—Un secreto?

—Un secreto.

—Que me interesa á mí?

—Os interesa.

—Qué secreto es ese?

—Empiezo gratis, dijo el desconocido. Vereis como mi secreto es interesante.

—Hablad.

—Señor baron, teneis en vuestra casa un ladron y un asesino.

Mario se estremeció.

—En mi casa? No.

Imperturbable el desconocido, pasando el codo por el sombrero, continuó:

—Asesino y ladron. Eso sin referirme á hechos antiguos, anulados por la prescripcion ante la ley y por el arrepentimiento ante Dios. Hablo solo de hechos recientes, de hechos que aun ignora la justicia. Ese sugeto se ha introducido en vuestra confianza y casi en vuestra familia, usurpando su nombre. Os diré gratis su nombre verdadero.

—Decidlo.

—Se llama Juan Valjean.

—Lo sé.

—Pues voy á deciros quién es.

—Decidlo.

—Es un antiguo presidiario.

—Lo sé tambien.

—Lo sabeis desde que he tenido el honor de deciroslo.

—Lo sabia antes.

El tono frio de Mario y su laconismo, que parecia repugnar el diálogo, despertaron en el desconocido cólera sorda. Asestó al jóven á hurtadillas una mirada

furiosa, que se apagó pronto; pero á pesar de su rapidez, fué una de esas miradas que se reconocen cuando se han visto otra vez, y no se le escapó á Mario. Ciertos resplandores solo pueden emanar de ciertas almas. Las pupilas, que son las ventanas del pensamiento, los reflejan sin que lo impidan los anteojos. El desconocido prosiguió, siempre sonriéndose:

—No me permito desmentir al señor baron, pero de todos modos debeis conocer que estoy bien enterado. Lo que tengo que revelaros ahora lo sé yo solo é importa mucho á la señora baronesa. Es un secreto extraordinario y caro. Os lo ofrezco antes que á nadie y barato. Por veinte mil francos.

—Sé tambien ese secreto como los demás, dijo Mario.

El personaje conoció que era preciso rebajar algo el precio.

—Señor baron, dadme diez mil francos y hablo.

—Os repito que no teneis que tomaros ese trabajo. Sé lo que deseais decirme.

Los ojos de aquel hombre chispearon otra vez y replicó:

—Es preciso, sin embargo, que yo coma hoy. Insisto en que es un secreto extraordinario, y que os lo revelaré si me dais veinte francos.

—Conozco vuestro secreto extraordinario, como sabia el nombre de Juan Valjean y como sé vuestro nombre.

—Mi nombre?

—Sí.

—No es difícil, señor baron, pues he tenido el honor de escribiroslo y de deciroslo. Thenard.

—...dier.

—Eh?

—Thenardier.

—Quién os ha...?

Cuando sobreviene el peligro, el puerco-espín se eriza, el escarabajo se finge muerto, la Guardia veterana forma el cuadro; nuestro hombre se echó á reir. Despues sacudió de un papirotazo un poco de polvo que tenia la manga de la levita.

Mario continuó:

—Tambien sois el obrero Jondrette, el comediante Fabantou, el poeta Genflot, el español Alvarez y la señora Balizart.

—La señora qué?

—Tuvisteis un figon en Montfermeil.

—Un figon! jamás.

—Os repito que sois Thenardier.

—Os lo niego.

—Y que sois un miserable. Tomad.

Mario sacó del bolsillo un billete de Banco y se lo arrojó á la cara.

—Gracias! Perdon! ¡Quinientos francos! Señor baron!

Aquel hombre, atónito, saludando y cogiendo el billete, lo examinó.

—Quinientos francos! repitió absorto.

Luego, cambiando de tono y haciendo un movimiento repentino, dijo:

—Pues bien! fuera disfraces.

Con la prontitud del mono se echó hácia atrás los cabellos, se arrancó los anteojos, se sacó la nariz, escamoteando los cañones de pluma, y se quitó el rostro como cualquiera se quita el sombrero.

Aparecieron sus ojos inflamados, su frente desigual, agrietada, con protuberancias; su nariz volvió á ser aguda como un pico, y el contorno de su rostro el perfil feroz y sagaz del hombre de rapiña.

—El señor baron es infalible; soy Thenardier.

Dijo esto con su propia voz y enderezando la espina dorsal.

Thenardier se quedó sorprendido y se hubiera turbado si fuera capaz de turbarse. Quiso causar asombro y él fué el asombrado. Aunque esta humillacion le valia quinientos francos, esto no impidió que quedase aturrido. Veia por primera vez al baron de Pontmercy, se presentaba ante él disfrazado, y se encontró con que el baron le conocia, y le conocia á fondo. No solo sabia su historia, sino la historia de Juan Valjean. ¿Quién era, pues, aquel jóven casi imberbe, glacial y generoso á la vez, que sabia sus dos nombres, que le abria el bolsillo, que trataba á los bribones como un juez y que les daba dinero como una victima?

Recordarán los lectores que Thenardier fué en otro tiempo vecino de Mario, pero que no le vió nunca, lo que es frecuente en Paris. Oyó hablar á sus hijas de un jóven pobre que se llamaba Mario y que vivia en la casa; pero le escribió sin conocerle la carta que ya sabemos. Ninguna relacion podia existir en su mente entre Mario y el baron Pontmercy.

Encargó á su hija Azelma que siguiese la pista de los novios del 16 de Febrero; estas pesquisas y sus propias investigaciones le aclararon muchas cosas y logró apoderarse de más de un hilo misterioso. A fuerza de industria consiguió descubrir ó adivinar, de induccion en induccion, quién era el hombre que encontró cierto día en el gran albañal.

Sabia también que la señora baronesa de Pontmercy era Cosette; pero acerca de esto se proponía ser discreto, porque ignoraba el verdadero origen de la joven. Entreveía que su nacimiento era bastardo, porque la historia de Fantina siempre le pareció ambigua; pero, ¿qué sacaría con hablar? ¿que le pagasen caro su silencio? Creía poseer un secreto de mucho más valor, y comprendió que decir al baron de Pontmercy, sin el apoyo de ninguna prueba: *Vuestra esposa es hija bastarda*, no le traería otro resultado que el de atraerse la cólera del esposo, expresada en puntapiés aplicados á las caderas.

En la mente de Thenardier, el diálogo que quería entablar con Mario no había comenzado aun. Se vió obligado á retroceder, á modificar su estrategia, á abandonar una posición y cambiar de frente; pero nada esencial se hallaba aun comprometido y había sacado ya quinientos francos. Tenía algo decisivo que decir, y se sentía fuerte contra el baron, tan enterado y que esgrimía tan buenas armas. Para hombres del temperamento de Thenardier, todo diálogo es un combate.

Mario se había quedado pensativo. Al fin tenía ante sí al hombre que tanto deseaba encontrar y podía cumplir la recomendación de su padre. Le humillaba que el héroe debiera algo al bandido, y que la letra de cambio que giró contra él su padre desde el fondo de la tumba estuviera aun en descubierto. Creía, en la situación compleja de su espíritu respecto á Thenardier, que se le presentaba la ocasión de vengar al coronel de la desgracia de que le salvase la vida un sér tan perverso. Además, trataba de ver si podía averiguar el origen de la fortuna de Cosette. La ocasión parece que se le venía á las manos. Tal vez Thenardier lo supiera; tal vez fuera útil sondear el interior de este hombre. Con esta idea Mario rompió el silencio de este modo:

—Os he dicho cómo os llamais, y ahora os voy á decir el secreto que pretendíais descubrirme. También yo he reunido datos y pretendo convencerlos de que sé más que vos. Juan Valjean es un asesino y un ladrón. Ladrón, porque robó al rico fabricante señor Magdalena, causando su ruina, y asesino, porque mató al agente de policía Javert.

—No comprendo, señor baron, contestó Thenardier.

—Pues quiero que me comprendais;

escuchadme. Vivía en un distrito del Paso de Calais, en el año 1822, un hombre que tuvo no sé qué choque con la justicia, y que con el nombre supuesto de Magdalena se recogió y se rehabilitó. Este hombre era un justo, dándole á esta expresión toda su fuerza. Con la industria de la fabricación de abalorios negros labró la fortuna de todo un pueblo. El por su parte, y por medio del trabajo incesante, reunió también una gran fortuna. Era el padre de los pobres: fundaba hospitales, abría escuelas, visitaba los enfermos, dotaba á las jóvenes, sostenía á las viudas, adoptaba á los huérfanos; era como el tutor del país. Se negó á admitir una cruz, y le nombraron alcalde. Un presidiario cumplido sabía el secreto de una pena en que incurrió en otro tiempo aquel hombre; le denunció, logró que le prendiesen, y aprovechándose de su prisión para venir á Paris, logró que el banquero Laffitte, según su mismo cajero me contó, le entregase, en virtud de una firma falsa, una suma de más de medio millón perteneciente al señor Magdalena. El presidiario que robó al señor Magdalena es Juan Valjean. En cuanto al otro hecho, también me consta. Juan Valjean mató al agente Javert de un pistoletazo. Yo estaba cerca de allí.

Thenardier miró á Mario con el ademán soberano del hombre derrotado que se repone para conseguir la victoria y vuelve á ganar en un minuto todo el terreno que había perdido. Apareció otra vez la sonrisa en su rostro. Por lo pronto se limitó á decir:

—Señor baron, no vamos por el camino recto.

Subrayó esta frase, haciendo girar de un modo expresivo los colgantes del supuesto reloj.

—Cómo? Negais estos hechos? replicó Mario.

—Esos hechos son quimeras. La confianza con que me honra el señor baron me impone el deber de decirlo así. Ante todo es la verdad y la justicia. No me gusta que acusen á nadie injustamente. Juan Valjean no ha robado al señor Magdalena ni ha matado á Javert.

—En qué fundais vuestro aserto?

—En dos razones.

—Hablad.

—Primera razón: no ha podido robar al señor Magdalena, porque el señor Magdalena y Juan Valjean son una misma persona.

—Qué es lo que decís!

—Segunda razón: no ha asesinado á Javert, porque Javert es el autor de su muerte.

—Explicaos.

—Quiero decir que Javert se suicidó.

—Probadlo, probadlo! gritó Mario fuera de sí.

Thenardier contestó, pronunciando lentamente cada una de sus palabras:

—Al agente de policía Javert se le encontró ahogado debajo de una barca en el puente del Cambio.

—Probadlo!

Thenardier sacó del bolsillo del pecho un gran rollo de papel gris, que contenía varios pliegos doblados de diferentes tamaños.

—Traigo mi expediente en regla, dijo con calma. Por vuestro propio interés he tratado de conocer á fondo á Juan Valjean. Repito que él y el señor Magdalena son la misma persona y que Javert se ha suicidado; me expreso así porque me sobran pruebas. No pruebas manuscritas, que pudieran ser sospechosas, sino pruebas impresas.

Hablando así, Thenardier extraía del legajo dos números de periódicos amarillos, estrujados y que oían á tabaco. Uno de ellos, roto por los dobleces y casi deshaciéndose en trozos cuadrados, parecía mucho más antiguo que el otro.

—Dos hechos, dos pruebas, dijo Thenardier, dándole á Mario los dos periódicos desdoblados.

El lector conoce ya estos dos periódicos. El más antiguo era un número de *La Bandera Blanca* del 25 de Junio de 1823, cuyo texto insertamos en la segunda parte de nuestra obra, y probaba de un modo indudable la identidad del señor Magdalena y de Juan Valjean. El otro era un *Monitor* del 15 de Julio de 1832, que refería el suicidio de Javert, añadiendo que resultaba, de un informe verbal del mismo Javert al prefecto, que aquel cayó prisionero en la barricada de la calle de Chanvrière, y debió la vida á la magnanimidad de un insurrecto, que teniendo al alcance de su pistola, en vez de matarle la disparó al aire.

Mario leyó los dos sueltos de los periódicos; no podía dudar; las fechas eran ciertas, las pruebas irrefragables; aquellas líneas no se habían impreso expresamente para apoyar los asertos de Thenardier; la nota publicada en el *Monitor* fué comunicada oficialmente por la Prefectura de policía.

Mario no podía ya dudar. Las noticias del dependiente de Laffitte eran falsas,

y él mismo se había equivocado respecto á Javert.

Juan Valjean, engrandeciéndose de repente ante sus ojos, salía de una nube. Mario no pudo contener un grito de alegría.

—¡Entonces ese desgraciado es un hombre admirable! ¡Entonces los seiscientos mil francos eran verdaderamente suyos! ¡Es Magdalena la Providencia de todo un país! ¡Es Juan Valjean el salvador de Javert! Es un héroe! Es un santo!

—Ni santo ni héroe, replicó Thenardier. Es asesino y ladrón.

Después añadió, con el tono del que empieza á sentirse con alguna autoridad:

—Hablemos con calma.

Las palabras ladrón y asesino, que Mario no creía ya aplicables á Juan Valjean, cayeron sobre él como un témpano de hielo.

—¿Os referís al robo miserable que cometió ese hombre hace cuarenta años, y que expió, como prueban esos periódicos, con una vida de arrepentimiento, de abnegación y de virtud?

—Repito, señor baron, que me refiero á hechos recientes. Lo que os voy á revelar es desconocido, es inédito. Quizá os haga descubrir el origen del caudal que hábilmente entregó á la señora baronesa. Digo hábilmente, porque no prueba torpeza el conseguir introducirse, mediante tal donativo, en una familia honrada, ocultar el crimen, disfrutar de lo robado y hacer desaparecer su nombre.

—Pudiera contestaros, observó Mario, pero continuad.

—Voy á deciroslo todo, y dejo la recompensa á vuestra generosidad. El secreto vale oro macizo. Estoy algo fatigado; permitidme que tome asiento.

Mario se sentó y le indicó que se sentase.

Thenardier se sentó en un sillón con aire satisfecho, cogió los periódicos, los puso dentro de la cubierta, y dijo, refiriéndose á *La Bandera Blanca*:

—Trabajo me costó encontrar éste.

Luego cruzó las piernas y se arrellanó con la actitud propia de las personas que están seguras de lo que van á decir, y entró en materia del modo siguiente:

—El 6 de Junio de 1832, hará un año el día del motín, estaba un hombre en la alcantarilla grande de París, por la parte que desemboca en el Sena, entre el puente de Jena y el de los Inválidos.

Mario acercó bruscamente su silla á la de Thenardier. Este notó el movimiento

y continuó con la lentitud del orador que se apodera de la atención de sus oyentes:

—Dicho hombre, que se vió obligado á ocultarse por razones ajenas á la política, habia elegido la alcantarilla para su domicilio y tenia una llave de la reja. Repito que era el 6 de Junio, á las ocho de la noche. El hombre oyó ruido en el alcantarillado. Sorprendido, se ocultó y espío. El ruido de pasos lo producía alguien que caminaba en la oscuridad y que se adelantaba hácia él. Habia otro hombre dentro de la alcantarilla. La reja estaba cerca, y la escasa claridad que por ella penetraba le permitió reconocer al recién venido y ver que traía algo áuestas. Andaba doblado y era un antiguo presidiario que iba cargado con un cadáver. Flagrante delito de asesinato, que hace suponer el robo, porque no se mata á ningún hombre gratis. El presidiario iba á arrojar aquel cadáver al Sena. Es digno de notarse que antes de llegar á la reja de la salida, el presidiario, que venia desde lejos por el interior de la alcantarilla, debió inevitablemente tropezar con un cenagal espantoso, donde pudo enterrar el cadáver; pero al día siguiente los poceros que trabajaban allí hubieran descubierto al hombre asesinado, lo que sin duda queria evitar el asesino. Prefirió atravesar el pantano con su carga, haciendo grandes esfuerzos y arriesgando de un modo increíble su propia existencia. No comprendo cómo acertó á salir vivo de allí.

La silla de Mario se acercó más, y Thenardier aprovechó este segundo movimiento para respirar con desahogo. Luego prosiguió:

—Señor baron, una alcantarilla no es el Campo de Marte. Allí falta todo, hasta sitio, y cuando la ocupan dos hombres es preciso que se encuentren. Esto fué lo que sucedió. El domiciliado y el transeunte tuvieron que darse las buenas noches de mala gana. El transeunte dijo al domiciliado:—Mira lo que llevo áuestas; necesito salir de aquí; si tienes llave, dámela. El presidiario era hombre de extraordinarias fuerzas y no era posible resistirle. Sin embargo, el que poseía la llave parlamentó, únicamente para ganar tiempo. Examinó al muerto, pero solo pudo averiguar que era joven, de buena apostura, de aspecto de persona rica, y que su rostro lo desfiguraba la sangre. Mientras el transeunte hablaba con el domiciliado, encontró medio aquel de romper y de arrancar, sin que éste lo

advirtiese, un pedazo de faldon de la levita que vestia el hombre asesinado. Eso fué un documento justificativo, como podeis comprender; el hilo para descubrir el ovillo y probar el crimen. Se guardó en el bolsillo dicho documento y, abriendo la reja, dejó salir al presidiario con su carga. Despues cerró y se puso en salvo, importándole ya poco el desenlace de la aventura y, sobre todo, no conviniéndole estar allí cuando el asesino arrojase el cadáver al Sena. Ahora podeis comprenderlo todo. El conductor del cadáver era Juan Valjean, el que poseía la llave de la reja es el que tiene el honor de hablaros en este momento, y el pedazo de la levita...

Thenardier acabó la frase sacando del bolsillo y poniendo á la altura de los ojos, cogiéndolo entre sus dos pulgares y sus dos índices, un giron de paño negro, rasgado y lleno de manchas oscuras.

Mario se habia levantado pálido, respirando apenas, con los ojos fijos en el pedazo de paño negro, y sin pronunciar palabra, sin apartar la vista de aquel harapo, retrocedió hasta la pared, con la mano derecha extendida detrás de sí, buscando la llave puesta en la cerradura de una alacena que habia cerca de la chimenea. Encontró la llave, abrió la alacena é introdujo el brazo en ella, sin volver la cara ni separar su pupila asustada del pedazo de paño que Thenardier tenia aun desplegado.

Este continuó diciendo:

—Me asisten grandes razones para creer que el joven asesinado era un opulento extranjero, atraído por Juan Valjean á una emboscada.

—El joven era yo, y aquí está mi levita, gritó Mario, arrojando en tierra una levita negra y vieja, manchada de sangre.

En seguida, arrancando el giron de manos de Thenardier, se inclinó hácia el suelo y lo ajustó al faldon roto, al que se adaptaba perfectamente; el giron completaba la levita.

Thenardier se quedó petrificado, diciéndose en su interior:

—Me he lucido.

Mario se levantó tembloroso, radiante, enfurecido; metió la mano en el bolsillo, se dirigió con fúria hácia Thenardier, presentando y casi apoyando sobre su rostro el puño lleno de billetes de Banco y exclamando:

—¡Sois un infame, un embustero, un calumniador y un malvado! Vinisteis á acusar á ese hombre y le habeis justifi-

cado; queriais perderle y solo habeis conseguido glorificarle. ¡Vos sois el ladrón y el asesino! Yo he presenciado la emboscada de Jondrette en la caverna del boulevard del Hospital. Sé de vos lo suficiente para enviaros á presidio, ó quizás más lejos, pero tomad esos mil francos, gran canalla!

Diciendo esto arrojó un billete de mil francos á Thenardier.

—Thenardier, vil tunante! ¡Que esto te sirva de lección, chalan de secretos, mercachifle de misterios, desenterrador de huesos, miserable! ¡Toma esos otros quinientos francos y sal de aquí! Waterlío te protege.

—Waterlío! exclamó Thenardier guardándose el último billete, despues de haberse guardado el primero.

—Sí, asesino! Salvaste en esa batalla la vida de un coronel...

—De un general, contestó Thenardier irguiendo la cabeza.

—De un coronel! replicó Mario furioso. No te daría un ochavo por la vida de un general. ¡Venias aquí á cometer nuevas infamias! Vete! Quitate de mi vista! ¡Llévate esos otros tres mil francos y mañana mismo huye á América con tu hija, porque tu mujer ha muerto, abominable fantasma! Cuidaré de que partas, bandido, y en el buque haré que te entreguen más dinero. Que te ahorquen en otra parte!

—Señor baron, le respondió Thenardier inclinándose hasta el suelo, con un mi eterno agradecimiento.

El bandido salió de aquella casa sin comprender una sola palabra, atónito, pero contento por verse abrumado bajo sacos de oro y herido en la cabeza por una granizada de billetes de Banco.

Terminemos ya con este personaje. Dos días despues de los sucesos que hemos referido salió para América con nombre fingido y acompañado de su hija Azelma. Mario, como le habia ofrecido, giró sobre Nueva-York á su favor una letra de veinte mil francos. La miseria moral de Thenardier era irremediable, y fué en América lo que habia sido en Europa. El contacto de un hombre perverso basta á veces para bastardear una buena acción; esto sucedió con el dinero de Mario: Thenardier se hizo negrero.

Cuando Mario se quedó solo corrió al jardín, donde Cosette estaba aun paseando.

—Cosette! Cosette! exclamó. Ven! ¡ven pronto! Marchemos. Basco, un coche. Ven, Cosette. Ah, Dios mio! ¡El es quien

me ha salvado la vida! ¡No perdamos un minuto! Ponte el chal.

Cosette creyó que se habia vuelto loco, pero le obedeció.

Mario no respiraba: se ponía la mano sobre el corazón para comprimir los latidos; iba y venía á grandes pasos y abrazaba á Cosette, diciendo:

—Qué desgraciado soy!

Mario estaba desalentado; empezaba á entrever la elevada y sombría figura de Juan Valjean, y se le aparecía su virtud inaudita suprema y humilde. El presidiario se transfiguraba á sus ojos en Cristo y le deslumbraba aquel prodigio. No sabia precisamente lo que veía, pero sí que veía una cosa inmensa.

En breve el coche estuvo delante de la puerta.

Mario hizo subir en él á Cosette y se lanzó en seguida dentro.

—Cochero, dijo, calle del Hombre-Armado, número 7.

El coche partió.

—Ah, qué felicidad! exclamó Cosette. A la calle del Hombre-Armado; no me atreva á decirte que fuésemos. Vamos á ver al señor Juan.

—A tu padre, á tu padre, que lo es hoy más que nunca. Cosette, todo lo comprendo ahora. Me has dicho que no recibiste la carta que te mandé con Gavroche. Sin duda cayó en manos de tu padre, que fué á la barricada para salvarme. Como su misión es ser ángel, de paso salvó también á Javert. Me sacó de aquel abismo para entregarme á tí. Me llevó áuestas á través de la alcantarilla. He sido con él un ingrato y un ruin, porque despues de haber sido tu Providencia fué también la mia. Figúrate que en la alcantarilla hay un espantoso cenagal, donde es fácil ahogarse en lodo, y lo atravesó llevándome áuestas. Yo estaba sin sentido, ni veía ni oía. Vamos á traerle á casa á que viva en nuestra compañía: que quiera ó que no quiera no se separará de nosotros... Si le encontramos, si no ha partido. Pasaré lo que me quede de vida venerándole. Todo se explica de este modo: Gavroche le entregaría mi carta. No lo comprendes así?

Cosette no comprendía una palabra.

—Tienes razón, le respondió.

Entre tanto el coche seguía rodando.

V.

Noche que deja entrever el día.

Al oír llamar á la puerta, Juan Valjean se volvió y dijo con voz débil:

—Adelante.

Abrieron la puerta y aparecieron Cosette y Mario.

Cosette se precipitó en el cuarto.

Mario permaneció en el umbral, de pie y apoyado en el quicio de la puerta.

—Cosette! exclamó Juan Valjean, que se incorporó en la silla, con los brazos abiertos y trémulos, lívido, siniestro, manifestando en los ojos inmensa alegría.

Cosette, sofocada por la emoción, cayó sobre el pecho de Juan Valjean, exclamando:

—Padre mio!

Juan Valjean, fuera de sí, tartamudeaba:

—Cosette! Es ella! Sois vos, señora! Eres tú.

Al ver que Cosette le abrazaba y le besaba, añadió:

—Eres tú, sí! Me perdonas, pues!

Mario, inclinando los ojos para contener sus lágrimas, dió un paso y murmuró, contrayendo los labios convulsivamente para no dar curso á los sollozos:

—Padre mio!

—Vos tambien me perdonais! exclamó Juan Valjean.

Mario no encontró palabras qué decir, y Juan Valjean añadió:

—Gracias.

Cosette se quitó el chal y el sombrero y los arrojó sobre la cama. Sentándose luego en las rodillas del anciano, le apartó cariñosamente los cabellos blancos y le besó en la frente. Juan Valjean, extasiado, no se oponía. Cosette, que solo comprendía confusamente los motivos de este cambio, redoblaba sus caricias, como si tratase de pagar la deuda de Mario.

Juan Valjean balbuceaba:

—Qué ignorantes somos! Creía no volverla á ver. Figuraos, señor Pontmercy, que en el mismo momento en que entrábais me estaba diciendo: Todo se acabó para mí; no volveré ya á ver á Cosette. Me lo decía en el momento mismo en que estábais subiendo la escalera. El hombre no cuenta con la bondad infinita de Dios. Dios habrá dicho:—¿Crees que te van á abandonar, idiota? Eso no puede ser. Este pobre viejo necesita un

ángel, el ángel ha venido y he vuelto á ver á Cosette.

Estuvo un momento sin poder hablar y luego continuó:

—Verdaderamente yo necesitaba ver á Cosette de vez en cuando. Pero conocía que estaba allí de sobra, y decía en mis adentros:—No te necesitan, quédate en tu rincón. ¡Gracias, Dios mio, porque la he vuelto á ver! Tu marido es un guapo mozo. Llevas un cuello bordado muy bonito, el dibujo me gusta. Será preciso que te compres chales de cachemira. Señor Pontmercy, permitidme que la tutee, que esto ya será por poco tiempo.

A su vez Cosette le respondía de este modo:

—Es una picardía habernos dejado así. Dónde habeis ido? ¿Por qué habeis estado ausente tanto tiempo? Vuestros viajes antes solo duraban tres ó cuatro dias. Envié varias veces á Nicolasita á preguntar y siempre le respondian que estábais fuera. Cuándo habeis vuelto? Por qué no habeis avisado? ¿Estais enfermo y no lo sabíamos nosotros! ¡Mario, toca su mano y mira qué fria está!

—Habiendo venido aquí, señor Pontmercy, prueba que me perdonais, repitió Juan Valjean.

Al oír otra vez estas palabras, Mario dió salida á los sentimientos que se agolpaban en su corazón.

—Oyes que me pide perdon, Cosette? Sabes lo que ha hecho? Me ha salvado la vida. Más aun; te ha entregado á mí. Despues de salvarme y entregarte á mí se ha sacrificado. Y á mí, que fui ingrato, olvidadizo, desapiadado y culpable, me dá las gracias!... Cosette, aunque pasase toda mi vida á los piés de ese hombre, no sería para mí suficiente expiación. La barricada, el albañal, el pozo, la cloaca, todo lo atravesó por mí y por tí, preservándome de mil muertes que alejaba de mí y que aceptaba para él. Ese hombre reúne toda clase de valor, de virtud y de heroísmo; es un ángel.

—Silencio! Silencio! murmuró en voz baja Juan Valjean. ¿A qué viene decir todo eso?

—¿Pero vos, exclamó Mario con cierta cólera llena de veneración, por qué no lo habeis dicho? En parte es vuestra culpa. ¡Salvais la vida á los hombres y lo ocultais! ¡Y además, bajo el pretexto de quitaros la máscara, os calumniais! ¡Eso es horrible!

—He dicho la verdad, respondió Juan Valjean.

—No, replicó Mario; la verdad es toda

la verdad, y no habeis dicho más que una parte de ella. ¿Por qué os callábais que érais el señor Magdalena, que habíais salvado á Javert y que yo os debía la vida?

—Porque pensaba lo mismo que vos y conocía que era preciso que me alejase de vuestra casa. Si os hubiera referido lo de la alcantarilla, me hubiérais detenido á vuestro lado. Debía, pues, callarme, porque hablando os hubiera contrariado.

—Contrariarme á mí? repuso Mario. ¿Os figurais que os vamos á dejar en esta casa? No. Vendreis con nosotros. Formareis nuestra familia. Sois el padre de Cosette y el mio. Mañana ya no vivireis aquí.

—Mañana, contestó Juan Valjean, no estaré aquí, pero tampoco en vuestra casa.

—Qué quereis decir? replicó Mario. Terminaron ya vuestros viajes. No os volvereis á separar de nosotros. Nos pertenecéis y no os soltaremos.

—Abajo nos espera el coche, añadió Cosette. Os sacaremos de aquí, aunque sea necesario emplear la fuerza.

Riéndose, hizo ademán de coger al anciano en sus brazos y dijo:

—Vuestra habitación os está esperando. El jardín está muy hermoso ahora y muy lleno de flores y de frutas, y os comereis mis fresas, que son muy ricas. Yo misma las riego. Todos nos hablaremos de tú, porque ya se ha cambiado el programa. Vais á venir con nosotros y el abuelo se alegrará mucho. Os cederé un cuadro en el jardín para que lo cultiveis, y veremos si vuestras fresas valen tanto como las mías.

Juan Valjean la escuchaba sin oír. Percibía la música de su voz sin casi comprender el sentido de sus palabras, y una de esas lágrimas, que son perlas sombrías del alma, se formaba lentamente en sus ojos. Murmuró:

—La prueba de que Dios es bueno está en que me permite que te vuelva á ver.

—Padre mio! exclamó Cosette.

Juan Valjean continuó:

—Indudablemente sería delicioso vivir juntos. Recorrería el jardín paseándome con Cosette. Es muy grato pasar la vida en compañía de las personas queridas. Cultivaríamos cada cual nuestro pedazo de jardín. Ella me haría comer sus fresas y yo le haría coger mis rosas. Eso sería delicioso, pero...

Se paró, y bajando la voz añadió:

—No hay remedio.

La lágrima no cayó, sino que entró otra vez en la órbita, y Juan Valjean la reemplazó con una sonrisa.

Cosette tomó las dos manos del anciano entre las suyas.

—Dios mio! exclamó. ¡Vuestras manos están más frias que antes! Sufris? ¿Padeceis?

—No... respondió Juan Valjean. Me encuentro bien. Solo que...

Se detuvo.

—Solo qué?...

—Voy á morir muy pronto.

Cosette y Mario se estremecieron.

—Morir! exclamó Mario.

—Sí, pero eso no es nada, contestó Juan Valjean.

Respiró, se sonrió y repuso:

—Cosette, qué estabas diciendo? Continúa hablándome.

Mario, petrificado, contemplaba al anciano.

Cosette lanzó un grito desgarrador.

—Vivireis, padre mio, vivireis. Quiero que vivais. Lo oís?

Juan Valjean levantó los ojos y los fijó en ella con adoración.

—Sí, prohibeme que muera. Quizá tal vez te obedezca. Iba á morir cuando los dos entrásteis y la muerte detuvo su golpe. Me pareció que renacía.

—Estais lleno de fuerza y de vida, observó Mario. No se muere con tanta facilidad. Habeis tenido disgustos, pero no volveréis ya á tenerlos. Os pido perdón de rodillas. Vivireis con nosotros y por mucho tiempo.

—Ya lo veis, dijo Cosette llorando; Mario asegura que no morireis.

Juan Valjean continuaba sonriéndose.

—Aunque me recobreis, eso no impide que sea lo que soy. Dios piensa de otra manera y él no cambia de opinión como nosotros; es inútil que salga yo de aquí. La muerte lo arregla todo bien. Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. Os deseo que seais dichosos, ya que la juventud se desposa con la mañana; que haya en torno vuestro, hijos míos, lilas y ruiseñores; que vuestra vida sea un hermoso césped que ilumine el sol; que los encantos del cielo inunden vuestra alma, y que yo, que para nada sirvo, muera; esto se armoniza perfectamente. Seamos razonables; conozco que para mí ya no hay remedio.

El ruido que hizo la puerta al abrirse le interrumpió.

Era el médico que entraba.

—Buenos días, doctor, dijo Juan Valjean. Ved aquí á mis hijos.

Mario se acercó la médico y le dirigió esta sola palabra:

—Caballero...

En el modo de pronunciarla se encerraba una pregunta completa. El médico le respondió con una mirada expresiva.

—Porque estas cosas desagraden, dijo Juan Valjean, no hay motivo para ser injusto con Dios.

Reinó profundo silencio. Todos los corazones estaban oprimidos.

Juan Valjean se volvió hácia Cosette, como si quisiera atesorar recuerdos para una eternidad. En lo profundo de la sombra, á la que iba ya descendiendo, aun le era posible el éxtasis cuando miraba á Cosette. La reverberacion de aquel dulce semblante iluminaba su pálida faz. A la puerta del sepulcro tambien puede haber deslumbramientos.

El médico le tomó el pulso.

—Os necesitaba, dijo éste dirigiéndose á Cosette y á Mario.

Luego, inclinándose al oído del último, le dijo en voz muy baja:

—Pero habeis venido demasiado tarde. Nada importa morir, pero no vivir es horrible.

Esta frase, apenas articulada, se oyó salir de los labios de Juan Valjean. De repente se levantó. Estas renovaciones indican algunas veces la agonía. Caminó con paso firme hácia la pared, desvió á Mario y al médico que querian ayudarle, descolgó el crucifijo de cobre, volvió á sentarse con la libertad de movimientos del que goza completa salud, y exclamó, colocando el crucifijo sobre la mesa:

—Este es el gran mártir.

Después su pecho se rindió; sintió vacilarle la cabeza, como si le acometiese el postrer vértigo, y apoyándose las manos en las rodillas, se puso á escarbar el paño del pantalon.

Cosette le sostenia los hombros y sollozaba; procuraba hablarle, pero apenas podia conseguirlo. Entre sus palabras entrecortadas se oia lo siguiente:

—Padre! No nos abandoneis. ¿Os habremos recobrado para perderos?

Puede decirse que la agonía serpentea. Vá, viene, se adelanta hácia el sepulcro y retrocede hácia la vida. Hay algo como andar á tientas en la accion de morir.

Juan Valjean, después de aquel síncope, se serenó, sacudió la frente, como

para desprenderse de las tinieblas que se iban allí aglomerando, y recobró casi completa lucidez. Cogió la manga del vestido de Cosette y la besó.

—Vuelve en sí, doctor, vuelve en sí! gritó Mario.

—Voy á explicaros lo que me ha causado gran sentimiento, dijo Juan Valjean. No habeis querido tocar el dinero que os entregué, señor de Pontmercy, y pertenece á vuestra mujer. Este es uno de los motivos por qué me he alegrado de volver á veros. El azabache negro viene de Inglaterra y el azabache blanco de Noruega. En el papel que está ahí sobre la mesa encontrareis todo esto. Para los brazaletes inventé sustituir los colgantes simplemente enlazados á los colgantes soldados. Es más bonito, mejor y menos caro. Ya comprendereis cuánto dinero puede ganarse de este modo; por esto el caudal de Cosette es suyo, legítimamente suyo. Os refiero estos pormenores para que tranquiliceis vuestro espíritu. Si no disfrutais de los seiscientos mil francos de Cosette, resultaria perdido todo el trabajo de mi vida. Conseguí fabricar los abalorios con sin igual perfeccion, hasta el punto de poder rivalizar con los de Berlin.

Cuando se vé morir á una persona que nos es querida, las miradas se fijan en ella como para retenerla. Los dos jóvenes, mudos de angustia, no sabiendo qué decir á la muerte, desesperados y trémulos, estaban de pié delante del anciano; Cosette daba la mano á Mario.

Juan Valjean iba declinando más cada momento. Su respiracion era ya intermitente y entrecortada por algun estertor. Le costaba trabajo cambiar la posicion del antebrazo, y sus piés habian perdido el movimiento. Al mismo tiempo que la postracion del cuerpo aumentaba, brillaba toda la majestad del alma, desplegándose sobre su frente. La luz del mundo desconocido era ya visible en sus pupilas. Su rostro palidecia, pero continuaba sonriendo. Su aliento decaia, pero su mirada se sublimaba. Diríase que era un cadáver con alas.

Hizo señas á Cosette de que se aproximase y luego á Mario. Llegaba sin duda á los últimos momentos de su última hora, y se puso á hablarles con voz tan débil que parecia venir de lejos, pudiéndose casi decir que desde aquel instante habia una pared divisoria entre ellos y él.

—Acércate, acercaos los dos. Os quiero mucho. Es un placer morir así. Tam-



ESTABA MUERTO.

bien tú me quieres, Cosette; yo ya sabia que conservabas siempre cariño al pobre viejo. Sé que me llorarás, pero no me llores mucho, no quiero que tengas por mí disgustos. Se me olvidaba deciros que las hebillas sin clavillos me producian más que todo. La gruesa me costaba diez francos, y la vendia á sesenta; no debeis extrañar, pues, que haya reunido seiscientos mil francos, que he ganado honradamente. Podeis disfrutarlos sin repugnancia. Sed dichosos... Me ocupaba hace poco en escribir á Cosette. Allí encima encontrarás la carta empezada. Le lego los dos candeleros que están sobre la chimenea; son de plata, pero para mí son de oro, de diamantes. No sé si el que me los dió estará satisfecho de mí en el cielo; he hecho lo que he podido. Hijos míos, no olvideis que soy pobre y que deseo que me hagais enterrar en cualquier rincón, poniendo solo una piedra por lápida. Esta es mi voluntad. Sobre la piedra no grabeis ningún nombre. Si quereis ir allí alguna vez, os lo agradeceré. Os estoy muy reconocido, señor Pontmercy, porque sé que hareis feliz á Cosette. La quiero y la he querido como el padre más cariñoso. Dentro de la cómoda hay un billete de quinientos francos que destino para los pobres. Cosette, ahí sobre la cama está tu traje-cillo de luto de hace diez años. Hemos sido muy dichosos. Cosette, ¿te acuerdas de Montfermeil? Estabas en el bosque y tenias miedo. ¿Te acuerdas cuando yo cogí el asa del cubo lleno de agua? ¿Te acuerdas de la muñeca que llamabas Catalina y de cuando llorabas por no haberla llevado al convento? ¿Te acuerdas del figon? Los Thenardier han sido muy perversos; pero debes perdonarlos. Cosette, ha llegado por fin el momento de decirte el nombre de tu madre. Se llamaba Fantina, recuérdalo: Fantina. Arrodíllate cada vez que pronuncies este nombre; padeció mucho y te queria con delirio. Su desgracia fué tan grande como es grande tu felicidad. Me voy, pues, mis queridos hijos. Quereos siempre mucho, que en el mundo no se debe hacer otra cosa. Pensad alguna vez en el pobre viejo que ha muerto aquí, que yo no tengo la culpa de no haberte visto en tanto tiempo. Se me desgarraba el corazón de no verte. Hijos míos, la vista se me vá; tenia que deciros muchas cosas, pero no puedo. Pensad algo en mí. Os bendigo. No sé lo que siento, pero

veo extraña claridad. Acercaos más. Muero dichoso. Acercaad vuestras cabezas queridas, para que pose las manos encima de ellas...

Cosette y Mario, fuera de sí, cayeron de rodillas, inundando de lágrimas las manos de Juan Valjean; manos augustas, que ya no se movian.

Juan Valjean estaba recostado hácia atrás; su pálido rostro miraba al cielo.

Cosette y Mario cubrian sus manos de besos.

La oscuridad de la noche era tan grande, que no se veian brillar las estrellas. Sin duda en esa oscuridad algún ángel inmenso estaba de pié, con las alas desplegadas, esperando el alma.

VI.

La yerba oculta y la lluvia borra.

En el cementerio del Padre Lachaise se descubre una piedra, en los alrededores de la fosa comun, lejos del barrio elegante de la ciudad de los sepulcros, en un ángulo desierto, al pié de una antigua pared y bajo un gran tejo, por el que trepan enredaderas de campanillas.

Dicha piedra no está menos expuesta que las demás á la lepra del tiempo, de la humedad, del líquen y de las inmundicias de los pájaros. El agua la pone verde y el aire negra. No está cerca de ninguna senda ni convida á ir hácia allí, por tener gran altura la yerba y porque se sienten los piés mojados. Cuando la bañan los rayos del sol, se suben á ella los lagartos. A su alrededor se estremecen las balluecas, que agita el viento, y en un árbol que hay allí inmediato, en la primavera, cantan las curruacas.

Dicha piedra es lisa. Cuando la cortaron solo tuvieron presente las necesidades de la tumba, esto es, que fuese bastante larga y bastante estrecha para cubrir un cadáver.

No se lee en ella nombre alguno; pero hace muchos años escribió allí una mano con lápiz estos cuatro versos, que poco á poco quedaron ilegibles á causa de la lluvia y del polvo, y que indudablemente no existirán ya:

*Aquí descansa de su suerte ruda;
Murió al perder la prenda de su alma;
Su larga expiacion, su pena aguda
Le conquistaron la celeste palma.*